

¿Cuál es el lugar que tiene la música popular hoy en las dinámicas culturales, sociales y políticas en Argentina? No es ésta la pregunta que se hace Darío Marchini, y en ese sentido no es más que un cebo para la lectura, pero quizás sí es un interrogante que el lector puede proponerse al recorrer las historias que forman *No toquen. Músicos populares, gobierno y sociedad/ utopía, persecución y listas negras en la Argentina 1960-1983*.

No toquen, escrito por el periodista Marchini es, y redundamos concientemente, un libro de periodismo. A través de un extenso y minucioso trabajo de entrevistas y recopilación documental, el autor reconstruye, en cuidados relatos biográficos, la historia de la censura en la música popular argentina en el período detallado en el título. Pero no sólo eso. El libro ofrece un singular recorrido por la gestación del relato cultural de los sesenta, su vinculación con procesos sociales y políticos, y el inevitable cruce del tren económico en esta historia. Pero como lo dice el autor en el apartado que introduce el texto, refiriéndose a la circulación musical predominante de la época, “no todo pasaba por la voracidad comercial” de las empresas musicales y los medios de comunicación: lo político (que los militares tachaban de ‘ideológico’, como si eso fuese una falta, sobre todo uniéndolo a los estigmas de la época: lo ‘subversivo’ y/o ‘comunista’, como si eso también fuese un mal *per se*) empezaba a jugarse un papel central en la forma que cobraba la escena cultural (nos referimos aquí a expresiones culturales vinculadas al mercado o *show bussines*) de la época. Aquí los personajes –los músicos– son la carne donde transita la historia, y por eso son el centro de los acontecimientos.

La historia de Nacha Guevara es paradigmática en tanto ilustra claramente cómo cierta producción estética, artística, puede ser corrida violentamente de las tablas al negarse a ceder un ápice de la carga discursiva que ponía en circulación –con consignas peronistas y comunistas, muchas extraídas de compositores y escritores extranjeros como George Brassens, Boris Vian o Mario Benedetti–, hecho que ofuscaba fácilmente a los gobernantes tanto en los 60 como luego del 74. Y claro, ni hablemos de la adopción del apellido artístico “Guevara”. Tan detalladas y lúcidas son también los relatos biográficos de Charly García, León Gieco, Joan Baez, o el análisis del surgimiento y la consolidación del folklore como hito cultural en el país.

No encontrará el lector en estas páginas un desarrollo histórico vinculado con, o trabajado desde, categorías teóricas propias de la madeja académica de los campos disciplinares de las ciencias sociales. No encontrará una perspectiva construida explícitamente desde la sociología de la cultura o de los estudios de cultura popular o de los *cultural studies*. Por eso señalábamos al principio que éste es un libro de periodismo. Aquí son la historia de la anécdota, la profunda búsqueda documental, la puesta en conjunto de diversos materiales mediáticos de época y una descripción histórica precisa y lúcida del contexto regional y mundial los que van perfilando un relato que configura un mapa general de la relación entre los procesos culturales y políticos que definieron las décadas del sesenta y setenta. Desde allí, desde las historias (no tan) mínimas, es pertinente retornar nuevamente sobre aquel pedazo del siglo XX que definió un nuevo terreno para la lucha por el poder o, mejor dicho, para la resistencia: la cultura. No la cultura pensada como expresión cotidiana de la diferencia, sino la cultura con mayúscula, la cultura como manifestación de proyectos sociales e ideológicos que, anclados en lo regional, se permitían hacer uso de diversos medios para recuperar, cuestionar o simplemente pensarse en una nueva escala, la escala global, donde las fronteras nacionales empezaban a difuminarse visiblemente al finalizar la Segunda Guerra. Como indica el autor en la introducción, la música popular era considerada por los gobiernos militares de la época un “medio de contrabando ideológico de la subversión internacional”. De acuerdo o no con este modo de calificar los hechos, que sólo pretendían estigmatizar y criminalizar el contrapoder cultural, la historia da cuenta de que Occidente se movía al ritmo del rock y que América Latina se apegaba a ese movimiento aunque sin desestimar sus propios aprendizajes territoriales, como ocurrió con el folklore en Argentina y Chile, la chicha en Perú o el movimiento tropicalista en Brasil. La música popular (o, como bien aclara el autor, los músicos populares), así como otras manifestaciones artísticas y/o culturales, era un problema para el poder político en tanto que se consolidaba verdaderamente como una expresión donde los intereses populares quedaban manifiestos y visibilizados en piezas y espectáculos sonoros. Lo popular y lo contrahegemónico tenían, tal vez por primera vez en el terreno cultural en nuestro país, más coincidencias que diferencias, y quizás por eso más relevancia que nunca.

En la actualidad la música popular ha quedado relegada al ámbito de la tradición, y lo contracultural lejos de lo popular, absorbido por la industria cultural, o bien en el terreno cada vez más apagado del *under*. Aunque Charly García se alertara con esperanza de esto mucho antes: “No te dejes desanimar/ no te dejes matar/ quedan muchas mañanas por andar”.

Nota

Libro reseñado: No toquen. Músicos populares, gobierno y sociedad/ utopía, persecución y listas negras en la Argentina 1960-1983, Darío Marchini, Edit. Catálogos, Buenos Aires, 2008.

FERNANDO PALAZZOLO

Licenciado en Comunicación Social con Orientación en Planificación Comunicacional, de la UNLP. Doctorando en Comunicación Social. Se desempeña como ayudante diplomado de la Cátedra de Seminario de Tesis de dicha carrera. Como becario de la CIC, estudió la construcción social del problema de las drogas ilegales en la ciudad de La Plata, tema de su tesis doctoral. Ilustra la revista Tram(p)as de la FPyCS de la UNLP. Ha participado en publicaciones independientes, como redactor e ilustrador. Actualmente trabaja como asesor en la Cámara de Diputados de la Nación.